

GUAYANA Y LA REDEFINICIÓN DE SU DESTINO

Eliécer Calzadilla

I. LA ADIVINACIÓN, UN OFICIO ANTIGUO

Debo el tema de la necesidad de reprogramar el futuro de Ciudad Guayana, a mi amigo Lucas Matheus; es suya la primera campanada, la visión y la urgencia; he tomado prestadas muchas de sus luces para estas notas.

Desde la más remota antigüedad, desde los tiempos en que se establecieron las primeras ciudades donde nacieron la escritura y el alfabeto, los gobernantes recurrieron a los augures, a los astrólogos y a los adivinos para descifrar el porvenir. Creo que el oficio de vidente no nació del pueblo ni del hombre común sino que anidó cerca del poder y dentro del palacio. Saber lo que va a ocurrir, anticiparse a los acontecimientos es un don y un privilegio que los hombres apreciaron siempre, y que reyes y gobernantes premiaron y celebraron. Caldeos, chinos, romanos, griegos e hindúes ocuparon como asunto normal,—hace milenios— a profetas y oráculos para predecir cosechas, la suerte en la guerra, los hechos terribles y la buena ventura. La Biblia, libro que cuenta las andanzas del pueblo judío, está repleto de profetas que de una u otra forma anticipan el destino del pueblo de Israel. Los gitanos, pueblo antiguo de misterioso origen y casi exterminado por Hitler (mataron tres millones

los nazis), es una nación de adivinos. Shakespeare en *Macbeth* pone en boca de unas brujas la profecía que un conde ambicioso y su mujer se encargan de forzar y cumplir para usurpar un reino. Admiro esta obra como a pocas, pienso que el genio de Shakespeare sacó de la literatura el *fatum* implacable e invencible de los griegos y colocó al destino donde siempre estuvo: en las manos de los hombres y en las causas que los hombres crean y desatan.

La historia de Venezuela tiene en Simón Bolívar a un héroe épico y a un profeta. Bolívar es un hacedor y cumplidor de sus propias visiones: La Independencia de un continente y la formación de Colombia. En sus realizadas profecías intervienen mil causas, pero son su excepcional inteligencia y su tenacidad, combinadas, las que tercamente obligan al destino a transitar por donde él quiso.

Hay otros hechos en la historia de Venezuela, que alcanzan estas fechas y estos días, que degradan la maravilla del arte adivinatorio –que deviene, fundamentalmente, de la intuición inteligente y relampagueante–, a la superchería, al humo de un tabaco barato y a hechiceros de mala estirpe. Notorio es el caso de Tiburcio, brujo, ladrón, criminal y cuatrero que militaba en las filas de Ezequiel Zamora a quien, desde el púlpito de una iglesia de provincia, llena de montoneros, los generales federales lo pusieron a decir que Zamora era un enviado de Dios y otras monsergas. No es esa la clase de adivino que necesitamos.

La religión sincrética que practica gran parte de nuestro pueblo, fue siempre ámbito propicio para que alrededor del poder y de los poderosos se edificaran cuentos y leyendas que tienen que ver con facultades especiales, habilidades y protecciones que, supuestamente, les confiere algún brujo o algún espíritu. En las campañas electorales aparecen siempre adivinos que quieren acercarse a los candidatos con chance, y hay una especie de adulate que propicia los encuentros de los políticos con los brujos famosos. De poco han servido los brujos en nuestra historia: basta mirar por los caminos de pobreza que transita el país y anda la gente. Parece necesario que también los brujos cambien.

II. CAMBIAN LOS ADIVINOS

Pero en los tiempos modernos no caben los hechiceros, por lo menos no en El Estado, tampoco en lo que concierne a la economía. Los economistas han pasado a ser los gurúes de la política.

Marx no acertó como profeta: ni en Inglaterra ni en Alemania ni Estados Unidos –estados industriales– triunfó el proletariado. Ni se acabó el capitalismo, ni en el mundo se instauró la era comunista que, al final, haría innecesario El Estado. Pero, conjeturo, gracias a Marx la economía es la reina de las ciencias políticas.

En los tiempos que corren y quién sabe hasta cuándo, el destino de los pueblos, la suerte de las naciones y el porvenir de los Estados depende, en gran medida, de la salud de las economías. Desde hace años el destino de los pueblos no aparece develado por las habilidades de los astrólogos solamente; se anticipa ahora el conocimiento del mañana con ejercicios sobre probabilidades que los futurólogos definen como “escenarios”.

Un antecesor de los futurólogos de hoy es Malthus: predijo el crecimiento desmedido de la población mundial como un peligro para el crecimiento económico. Empero, no intuyó siquiera la Biotecnología ni la Ingeniería Genética, ni los inventos, ni los fertilizantes, que potenciarían la producción de alimentos. En la década de los 60, dos libros de corte maltusiano: *La Humanidad en la Encrucijada* y *Los límites del Crecimiento*, producidos por el Club de Roma, alertaron sobre el agotamiento de los recursos y vaticinaban dificultades para la humanidad en un futuro inmediato. En esencia, el asunto es económico: la calidad de vida; el acceso a la educación, a la ciencia, a la cultura y a la salud, dependen de los recursos económicos. Nadie hace ciencia, cultura o educación de calidad desde la miseria. Ahora, y por eso, los adivinos tradicionales tienen quien compita con ellos. Éstos, los adivinos de hoy, no necesitan mirar estrellas, tampoco las barajas, ni la borra del café, ni la manera cómo se incendia un tabaco. Hay una nueva numerología, no la que adivina desde los dados azarosos, sino desde una disciplina que estudia, entre otros factores, la salud de las finanzas públicas, el equilibrio presupuestario, los índices macroeconómicos, los mercados, la producción de bienes competitivos, la productividad, las exportaciones, importaciones, y las habilidades y

ventajas para competir; la tecnología y la capacidad para adaptarse y de marchar al ritmo endemoniado que imponen los países avanzados, entre otros factores.

El futuro ya no es sólo asunto de adivinos ni está en manos de los dioses del Olimpo, está en las habilidades y en el conocimiento de cada pueblo, y en eso nada tiene que ver la suerte.

III. EL MODELO DE CIUDAD GUAYANA

Si en el principio de todo estuvo la palabra, en el comienzo de todo el modelo económico de la Guayana actual está el Caroní. Recuerdo haber leído un trozo profético de Mariano Picón Salas, a propósito del Caroní, en el que anticipa la domesticación de su salvaje energía y las riquezas que fecundaría su caudal. El río hizo posibles las presas hidroeléctricas y la energía hizo posible las siderúrgicas, el complejo industrial del aluminio y las fábricas que procesan el hierro. Construidas las fábricas, surgió la necesidad de una ciudad para que habitaran los trabajadores y otros que darían insumos y servicios a las grandes empresas: nació y creció Ciudad Guayana. El mismo Estado que amansó el río y edificó las fábricas, hizo la ciudad. Suscribo el lugar común que repite que a los que se les ordenó hacer las presas, hacer las fábricas y hacer la ciudad, cumplieron. Son muchos. Muchos de ellos, que pasaron por Matanzas, encarnan en trabajo y talento lo mejor de Venezuela, que podríamos sintetizar, arbitrariamente y como ejemplos, en Leopoldo Sucre Figarella y en Efraín Carrera. Sembrado quedó otro discurso que definió como "básicas" las empresas de Matanzas que servirían de pivote para independizarnos de la renta petrolera.

IV. UN MODELO INMÓVIL EN UN MUNDO CAMBIANTE

El discurso y el modelo económico que, tejidos, hicieron posible a Ciudad Guayana y su relativa prosperidad, cumplieron medio siglo. En ese tiempo el mundo cambió. Cambiaron los discursos políticos y económicos; nacieron, si no me equivoco, más de sesenta estados independientes que redefinieron el mapa del mundo. Se desintegró la Unión Soviética;

Rusia es un país pobre exportador de materia prima petrolera. Hay un hecho dramático que me interesa reproducir, como lección: en un discurso –este año– sobre el Estado de la Nación, Putin, presidente de Rusia, dijo que si trabajan duro los rusos y hacen lo que tienen que hacer, en dieciocho años pueden alcanzar a Portugal (el país más atrasado y pobre de la Unión Europea). ¿Por dónde andamos y qué tenemos que hacer los venezolanos para alcanzar a España, por ejemplo? ¿Si Rusia respecto a Portugal necesita 18 años, serán para nosotros suficientes ochenta para alcanzar a España?

En medio siglo, y en un mundo que cambió totalmente, las empresas básicas de Guayana son casi lo mismo, y el modelo y el concepto casi no se ha modificado: escasa reinversión, poca investigación aplicada, dificultades, balances maquillados para simular ganancias. Digo más, hoy por hoy todas las empresas están mal de salud, unas más graves que otras, pero todas sin excepción andan mal. No es difícil deducir entonces que la salud económica de Ciudad Guayana está muy mal y va a estar peor. La pobreza y el desempleo se notan, son un bulto, una protuberancia social. Es también cierto que el desgobierno corrupto, desordenado e inepto que hoy padece La República, agrava la situación de un modelo de fábricas que no dan para más: Venalum, por ejemplo, perdió en el ejercicio correspondiente al año 2001 la friolera de noventa mil millones de bolívares.

V

Pero el cambio del mundo que más me interesa es el cambio de era, el cambio de tiempo que ha hecho mudar las perspectivas del futuro. Pasó el mundo de la era de las fábricas a la era del conocimiento y nosotros no hemos querido darnos cuenta. Pesa mucho la manía de vivir en el pasado, de hablar del pasado, de quedarnos en lo antiguo. No nos percatamos de que no está mejor en el mundo quien produce más hierro ni más petróleo ni más cabillas ni más aluminio, sino los países cuya gente, por estudios, puede competir con bienes y servicios cuyos componentes fundamentales son talento, ciencia e investigación, en suma: conocimiento. Una ciudad que depende de las fábricas de Matanzas, tal y como

están, va directo a la ruina total y en pocos años. No pueden dar prosperidad ni riqueza unas empresas enfermas de todo.

VI. SI NO CAMBIA EL MODELO, LA CIUDAD VA A LA RUINA

Los escenarios probables no son los mejores. Si no recuperamos el tiempo, a esta ciudad le queda poco. El caso Sidor podría servir de vitrina: si quiere mantenerse competitiva en los mercados mundiales tienen que invertir en tecnología y en procesos. Grandes inversiones desplazarán, forzosamente, mano de obra. No se necesita ser adivino para vislumbrar que antes de diez años Sidor tendrá la mitad de la nómina actual, para ser competitiva. A estas alturas no quiero que nadie me malinterprete: yo no deseo que cierren ni que privaticen nada, ni que boten trabajadores. Creo simplemente que la ciudad, como va, no tiene futuro: depende solamente, principalmente, de unas fábricas desajustadas, detenidas en el pasado y enfermas; no pueden producir prosperidad, no garantizan el futuro. Y por eso son más necesarios que nunca los futurólogos, los que se anticipen y los que fuercen al destino a desviarse de la tendencia a empobrecer. En la era del conocimiento, una región que dependa sólo de las chimeneas de unas cuantas fábricas, está condenada a la pobreza, y eso es hoy Ciudad Guayana.

V. DE ALGUNOS CASOS CONCRETOS QUE PODRÍAN AYUDARNOS A ENTENDER

El Valle del Silicio, en California, Estados Unidos, de un día para otro se convirtió en un modelo de progreso y bienestar, sede de los genios informáticos del planeta. El auge del sector tecnológico y concretamente de las empresas *puntocom* hizo que los ojos del mundo se posaran en esa rica región. La caída de las empresas como Amazon, Com, Yahoo y otras (762 empresas del ramo habían cerrado para marzo del 2001), puso en crisis al Valle del Silicio. ¿Qué hizo la gente de allí ante la crisis? Buscar, atraer capitales hacia otros sectores en desarrollo, reorientar el enfoque tecnológico hacia la Biotecnología. Insistir en lo que ya no resultaba suficientemente productivo les hubiera valido la ruina total.

Mientras eso ocurría en el Valle del Silicio, Costa Rica, Israel y la India, concedían grandes incentivos a las empresas que se establecieran allí para invertir en la creación de software. El caso de Costa Rica, país hermano de Centroamérica, es aleccionador: durante siglos dependió del café. Si dependiera del grano todavía se mecería en la pobreza pues en negocio del café vive la crisis de precios más brutal y prolongada de la historia. Los países cafeteros se debaten en la miseria. Costa Rica en cambio vive una relativa bonanza, su pueblo vive con dignidad, fuera de las garras de la miseria que aprietan a casi todos los países del continente latinoamericano. La fórmula fue sencilla: Costa Rica se insertó en la era del conocimiento, invirtió en su gente, en la formación de su gente; atrajo capitales para creación de software que ahora vende a empresas de todo el mundo a precios competitivos.

Los indios son un caso especial, en un primer momento en La India se formaron innumerables profesionales del software que fueron reclutados para Norteamérica y Alemania, principalmente. Leo que ahora están fundando ciudades en La India tipo Valle del Silicio, y si la memoria no me traiciona creo haber leído que sólo por concepto de software La India exportó, durante el año 2001, diez mil millones de dólares en un negocio en franca expansión. En estos días leí una pequeña nota que me emocionó particularmente: a la calladita, sin nada de bulla en Colombia estaban haciendo convenios con los indios para capacitación, al más alto nivel, de profesionales colombianos en la producción de software.

VI. ¿QUÉ HACER?, ¿QUÉ HACEMOS?

¿Qué hacer entonces? ¿Qué haremos nosotros? Recurrir primero a Perogrullo: quien está en dificultades, para poder sortearlas, debe primero que todo reconocer que está metido en problemas y debe resolverlos. Guayana tiene recursos, pero no genera hoy riquezas suficientes para sustentar con dignidad a la gente que aquí habita. El discurso de que somos ricos, que habla del oro, del hierro y el diamante, de El Dorado y de Manoa es un cuento bonito, romántico, pero incierto y falso, inservible para salir del atolladero. El segundo paso es levantar la vista y mirar lo que pasa en el mundo, informarnos de lo que ocurre y comparar,

medir y analizar. Tenemos que ver lo que han hecho otras regiones para adaptarse y sobrevivir. Hay que observar lo que han hecho los gallegos, los catalanes. Sin ir tan lejos, hay que observar lo que ocurre en ciertas regiones y ciudades de Brasil que han alcanzado niveles de desarrollo, riqueza y bienestar comparado con niveles de vida de Dinamarca o Suecia: los Estados de Paraná, Santa Catarina, Minas Gerais y Río Grande Do Sul, son algunas de esas regiones.

La globalización ha reforzado la necesaria existencia—como en un parto dialéctico—, de lo importante-regional, de la autonomía de las ciudades, de las regiones poderosas y ricas de cada país. Guayana no está en la lista, pero puede estar en quince o veinte años, si empezamos ahora. Porque el tercer paso es obtener un consenso que nos permita discutir libremente lo que debemos hacer. Debemos invitar a gente sabia del mundo para que nos ayude a entender, a buscar y a empezar a construir. Debemos mandar gente comprometida con el destino de esta ciudad a viajar y mirar, a entender y aprehender: académicos, empresarios, estudiantes y políticos.

Hay muchas cosas que podemos hacer para no apagarnos, para insertarnos en los tiempos que vive el mundo. Sólo una cosa no podemos hacer: quedarnos tranquilos, conformarnos, repetir el antiguo y envejecido discurso de que Guayana es el futuro y es rica, mientras la realidad nos pega en las narices y somos más pobres cada día. Tal vez lo que hace falta es que, sin perder la condición de habitantes y ciudadanos del Planeta, cultivemos un sano y equilibrado espíritu regional, creador, inteligente, libre, crítico, sin caer en el provincianismo aldeano.

Como en los tiempos de Caldea, necesitamos adivinos inteligentes. Necesitamos futurólogos para que mañana no sea más una angustia. Hemos perdido mucho tiempo.

Cuando reviso estas notas leo un artículo que publica el diario madrileño *El país*, lo firma Günter Grass, el tema es Willy Brandt. En un momento el premio Nóbel dice del político alemán: "Willy Brandt, el pragmático, para quien lo posible había de ser más importante que lo deseable, no perdía sin embargo nunca de vista las metas lejanas, utópicas". Veo en la frase una señal. Pienso que para redefinir el destino de esta ciudad hace falta una buena dosis de pragmatismo sin cancelar las

utopías. Pero primero debemos establecer qué es lo posible. Las pistas las tenemos: la era del conocimiento; una concentración de profesionales en la zona que todavía resulta interesante; seis, siete, universidades con sedes en la ciudad; un territorio que es casi un país; una realidad... no estamos bien, no es éste el rumbo, de manera que, sin descuidar las fábricas, hay que buscar otros destinos.

eliecer@telcel.net.ve

Estas notas se publicaron como un artículo de opinión para el aniversario del Correo del Caroní del año 2002. Con algunas correcciones las he destinado a la ponencia para el IV Foro Guayana Sustentable de la Universidad Católica Andrés Bello, Núcleo Guayana.